

Una red mundial de oración y servicio atenta a las necesidades de la humanidad Entrada espiritual



Sentir con la Iglesia

Ser parte de la Iglesia y sentirnos Iglesia es hoy para muchos creyentes un enorme desafío. Somos testigos de que en muchos lugares y por diferentes razones la vida eclesial o la participación ad intra de la institución Iglesia está desvalorizada y no es deseada por numerosas personas creyentes en Dios. Por estas razones, al menos en parte, han surgido propuestas espirituales más individualistas en las que las prácticas religiosas y la formación de la conciencia no signifiquen un menoscabo a la responsabilidad personal y al ejercicio de la libertad, ni queden sujetas a un mandato eclesial. Se ha perdido el sentido de pertenencia, en muchas personas.

¿Es posible recuperar criterios que nos permitan un discernimiento maduro para conservar el sentido de pertenencia, el sentirnos Iglesia y con la Iglesia sin que se nos arrebatase por ello el uso de nuestra libertad?

La primera respuesta es que la pertenencia a la Iglesia debe fortalecer, y así hemos de vivirla, el ejercicio de nuestra libertad, la responsabilidad por nuestras decisiones y el discernimiento en la formación de la conciencia, en el camino de nuestro crecimiento espiritual.

San Ignacio de Loyola en su libro de los Ejercicios Espirituales nos trae a partir del número 352, algunas orientaciones para mirar la Iglesia, amarla e integrarnos a ella. Estos consejos pueden ayudarnos a vivir en libertad y responsabilidad nuestra pertenencia a la Red Mundial de Oración del Papa como obra pontificia.

Una primera idea es que es una necesidad la mediación eclesial para el pleno cumplimiento de la propia misión. Es decir que no podemos concebir ni vivir auténticamente el seguimiento a Jesucristo y la colaboración con su misión de compasión por el mundo sin hacerlo "dentro" de la Iglesia, y en el ejercicio de nuestra libertad.

San Ignacio como fruto de su experiencia personal con relación al vínculo con la Madre Iglesia va a querer que frente a la Iglesia moldeemos nuestra afectividad y seamos capaces de quererla y amarla. Es decir que no se trata de "aceptar a regañadientes sus mandatos", sino ante todo amarla, sentir afecto por ello, gustar de ella, sentir "con ella". Amar a la Iglesia supone, trabajar dentro de ella y desde dentro de ella. Unir nuestro corazón al corazón de la Iglesia, afectarnos con ella. Pero este sentir no es miope antes sus defectos, al contrario, es realista y pone una mirada de verdad sobre

sus fallos. Pero como el amor define el vínculo con ella, es posible abrirse a dolerse con ella y actuar responsablemente para enmendarlos.

Es determinante que a la Iglesia no la miremos desde fuera, sino desde dentro y por dentro. Caso contrario podemos errar en la construcción del vínculo con ella. Es algo que debemos descubrir, algo que nos pertenece y a la que pertenecemos. Debemos borrar toda alteridad, somos la Iglesia y no "es la Iglesia". Los errores de los pastores, de las comunidades y de los fieles, son míos en alguna medida, eso es vivir por dentro la realidad eclesial.

La fe cristiana es esencialmente eclesial. No puede vivirse a solas, se vive en comunidad o no es cristiana, pues Jesucristo la vivió en comunidad. La fe es personal, pero se vive en comunidad eclesial. Se recibe en la Iglesia, se transmite y vive en la Iglesia, no puede vivirse aisladamente.

¿Están relacionadas la fe en Jesucristo y la obediencia a la Madre Iglesia? Creer supone obedecer con creatividad. Puede ayudarnos a vivir la obediencia en la Iglesia el modo en que San Ignacio la concibió para los jesuitas. Él formó un cuerpo móvil, ágil y con iniciativas. Insistió mucho en la obediencia, pero ejercida por profunda madurez y libertad. Para él era necesario asumir íntimamente, creativamente lo mandado. Es decir que se trata de una posición activa y no de un mero cumplimiento. Es necesario que cada uno fuera bien formado con iniciativa, personalidad y que pudiera formar opinión y darla. Es la capacidad para ayudar con todas las luces y todo el potencial personal a que los superiores puedan mandar bien. No se trata de un súbdito y un amo sino de una "obediencia discernida". La obediencia está en función de la misión y del bien del cuerpo al que pertenecemos. Por eso obedecer supone desarrollar la creatividad y el amor, para formar criterio y para adherir con los afectos a aquellas consignas que más ayuden a la comunidad y a la misión que hemos asumido. El discernimiento orante es esencial.

Y la Iglesia no va sola, sin asistencia o sólo dependiendo de las acciones humanas. En ese caso estaría perdida. Es el mismo Señor que la lleva y la conduce. Es el Espíritu Santo quien protagoniza la misión.

En el Evangelio encontramos algunos relatos que nos pueden ayudar a hacer una inteligencia de esta presencia del Espíritu Santo en el seno de la Iglesia. "Como el Padre me envió, también yo os envió. Dicho esto, sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo" (Evangelio de San Juan cap. 20, 21-22). En otro momento de su vida terrena y antes de su pasión, muerte y resurrección el Señor le dijo a Pedro: "Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella" (Evangelio de Mateo cap. 16, 18). Y también al final de su vida terrena y antes de dejar a sus amigos les dijo: "Vayan, pues, y hagan discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo le he mandado. Y estén seguros que yo estaré con ustedes día tras día, hasta el fin del mundo" (Evangelio de Mateo capítulo 28, 19-20).

Así, podemos estar seguros que Jesucristo nos ha dejado un Defensor, el Paráclito que permanece con y en la Iglesia asistiéndola siempre. Por eso, y aún con dificultades en la misión, errores y desacuerdos, que no nos serán ahorrados, debemos estar seguros, porque el mismo Jesucristo nos lo ha dicho, que el Espíritu Santo nos asiste y que estará presente siempre hasta el final. En esta certeza nos apoyamos y confiamos, es el Espíritu del Señor que conduce a la Iglesia, y el protagonista principal de la misión en la que colaboramos. La asistencia e inspiración del Espíritu nos asegura que la Vida tiene la última palabra, aún cuando las personas cometamos errores.

Por eso, lo que nos toca a nosotros es la docilidad para recibir la voz del Espíritu Santo que nos conduce y lleva la misión, y ser así instrumentos en manos del Señor, como pinceles en manos de su artista. Para que a través nuestro sea el mismo Señor el que abra el camino del Reino del Padre.

En la Red Mundial de Oración del Papa vivimos de este modo el sentido de Iglesia y de pertenencia a un cuerpo para la misión. Adherimos a las intenciones de oración que el Papa nos confía cada mes, confiados en que el Espíritu de Jesús inspira los desafíos al Santa Padre y a quienes con él los proponen. Y aunque el Espíritu Santo conduce la misión, esto no nos exime de obrar con creatividad y amor. Muy por el contrario, su asistencia nos impulsa a trabajar con libertad y amor bajo su inspiración, sin tener en cuenta riesgos, aciertos o fracasos, sino poniendo en juego nuestra total disponibilidad y amor.

Por eso, hemos de llevar a nuestras comunidades las iniciativas para que los desafíos se hagan obra en la vida concreta de ellas. Y a su vez, poner amor para adherir con los afectos a lo que más ayude a la misión y la comunidad, aunque no sea coincidente con nuestras ideas personales. Somos un cuerpo y nos define en nuestras acciones el interés mayor de la misión de Cristo.

